

Capítulo 7

Observancia no es restricción

Nilton Bonder

SciELO Books / SciELO Livros / SciELO Libros

Bonder, N. Observancia no es restricción. In: BONDER, N., and SORJ, B. *Judaísmo para el siglo XXI: el rabino y el sociólogo* [online]. rev. and enl. Rio de Janeiro: Centro Edelstein de Pesquisas Sociais, 2008. pp. 63-68. ISBN: 978-85-9966-230-4. Available from SciELO Books <<http://books.scielo.org>>.



All the contents of this chapter, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-Non Commercial-ShareAlike 3.0 Unported.

Todo o conteúdo deste capítulo, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição - Uso Não Comercial - Partilha nos Mesmos Termos 3.0 Não adaptada.

Todo el contenido de este capítulo, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.

Capítulo 7 - Observancia no es restricción

Nilton Bonder

Observancia no es restricción

Uno de los conceptos que normalmente asociamos a la observancia es el de sacrificio. Observar es sinónimo de restricción en las más diversas áreas de la vida. No comer esto, no poder ir a cierto lugar a cierta hora, etcétera.

Recientemente, en un debate sobre ética, escuché la definición de dos áreas de búsqueda de la conciencia humana: la felicidad y el deber. La primera se refería a la lucha para no renunciar a todo aquello que deseamos. La segunda, que interfiere con la primera, tendría la responsabilidad de adecuar la dictadura de lo inmediato a la búsqueda de la felicidad. El deber sería el producto de la conciencia de metas a mediano y largo plazo.

Los difíciles conceptos de las *mitzvot*, de los mandamientos y de la observancia, proponen una visión menos dicotomizada de los intereses humanos. Las *mitzvot* fueron dadas para ser obedecidas: son el principio de lo sagrado. De ellas, pues, debería el observante hacer derivar un enorme placer. "Pues quiso el Bendito Sea traer mérito a Israel y, para esto, le otorgó mandamientos en abundancia", dice la Ética de los Ancestros.

De cualquier manera, la *mitzvá*, para que pueda generar placer, debe producir un cierto discernimiento. Y esto es lo que resulta difícil de comprender para los no observantes: quien observa, discierne, y por lo tanto no se restringe, actuando así por elección propia.

El filósofo Martin Buber, al discutir la relación del hombre con los mandamientos, utiliza dos conceptos importantes: compromiso y discernimiento. EL discernimiento se obtiene por media de la razón, y el compromiso con la tradición. Todo verdadero discernimiento debería llevar a una forma de compromiso. De este modo, la segunda mitad del corolario se vuelve revolucionaria: todo compromiso debe llevar a un discernimiento. Poder comprobar esta proposición significa decir que la experiencia de la *mitzvá* también es del orden de la felicidad, de la opción asumida en función de desear lo mejor para uno.

La propia esencia de la *mitzvá*, en tanto que, a priori, es una obligación, tiende a interferir con la posibilidad de ser del orden de la felicidad. Ello terminaría con la cuestión, si no fuera que el discernimiento humano es limitado y que el efecto de la *mitzvá*, la experiencia, es llevar luz a aquello que el discernimiento no puede iluminar. El cumplir con la *mitzvá* es también, por definición, descubrir un sentido que es liberado desde un lugar no racional.

Los comentarios rabínicos afirman profusamente que la *mitzvá* sólo puede ser realizada como una obligación. Si, por ejemplo, alguien es vegetariano y, como consecuencia de ello, observa todas

las restricciones de la *kashrut*, esta persona no es *kasher* -la *kashrut* presupone algo del orden de lo sagrado que la ordena- Sin ese sentido, apenas con el discernimiento (vegetarianismo), no podemos dar cuenta de algo propio de la esfera del compromiso. Entretanto, el sentido de lo sagrado puede incluir otras restricciones todavía más amplias, a partir de que preservemos la conexión con el acto de *mandatos*.

¿Podría el discernimiento traer nuevos compromisos que no fueron estipulados por el propio compromiso? La tradición judía diría que sí, siempre que estos nuevos compromisos no fuesen del orden de la *abstinencia* y la *autoflagelación*. Esas prácticas de sacrificio existieron en todos los momentos de la historia, y fueron criticadas -a veces, con ironía por los rabinos. Dios no precisa que nos abstengamos de cosas buenas. La vida es para ser vivida en toda su plenitud.

De esta forma, los compromisos extra asumidos en una observancia sólo serían aceptados por la tradición si fuesen del orden de la felicidad y no del orden puro y simple de la restricción, y sólo podrían ser compromisos si no fuesen discernimientos racionales.

Si seguimos estas reglas, percibiremos que la autoridad para tomar algo *kasher*, para reducir o ampliar sus fronteras ("está prohibido aumentar y disminuir, para la izquierda o derecha"), no puede darse en el ámbito individual y sí, en cambio, en el colectivo. Si una colectividad dada, o una parte de ella, caracteriza ciertos discernimientos como parte de sus compromisos y se ve compelida a observar por *orden*, por mandamiento, se produce la *Haiajá* (el camino) de la ley.

Es obvio que este proceso no puede realizarse en el tiempo que dura una moda. Su tiempo es otro, pero no es siempre el mismo. Así, nuevos puntos de vista se traducirán en nuevos compromisos -nuevos viejos compromisos-.

He aquí el componente que provoca tanta discordia: lo sagrado es del orden de la convención y no de la razón, pero la convención registra el impacto del proceso de comprensión humana del mundo. Esto es lo que hicieron los rabinos de la *Mishná* y del Talmud: ellos mismos, como colectividad, instauraron compromisos, marcados por el discernimiento de sus días.

Compromisos y discernimientos se crean los unos a los otros. En un recóndito punto limítrofe como el infinitesimal instante-espacio, en donde los elementos subatómicos se mezclan, existe un compromiso que es puro discernimiento y un discernimiento que es puro compromiso. Desde este punto Dios emana su voluntad. Este punto teórico es Sión y de allí se expedirá la Torá.

Este es el lugar de la identidad de una generación dada (o grupos significativos de una generación dada) que se revela en la observancia *del día*. Shabat será siempre Shabat, es decir, el día en que Dios descansó. Las ropas no serán eternas, las ciudades, los rabinos y, en un tiempo posterior, las ideas de descanso no serán las mismas. Dios y las ideas acerca de Él no serán los mismos. Pero habrá Shabat y habrá, quiero creer, judíos.

Cuando por la imaginación del *midrash* Moisés es llevado por Dios a conocer el futuro y ubicado -más de un milenio después de su muerte- en la sala de clase de Rabí Akiva, no entiende lo que este dice. A no ser por la referencia a una ley que Rabí Akiva atribuía a Moisés desde los días del Sinaí, Moisés no consigue reconocer la propia fe de la cual es fundador.

Lo sagrado es que habrá Shabat en el futuro, pues Dios descansó. Su observancia tendrá que preservar el sentido de que Dios es quien mandó, y alguien deberá, mucho más allá de su discernimiento, sentirse comprometido a cumplir esa *mitzvá*.

El gran desafío para nuestras generaciones, tan profundamente seculares, es rescatar la noción de que ser *mandado* (*metsuvé*) es un componente importante en el sentido de que la observancia no es una restricción sino un discernimiento de otro orden, un compromiso. Incómodamente próxima a la obsesión y al control, la cuestión de la observancia es la más seria y profunda de todas las cuestiones que debe plantearse una cultura.

Descubrirse *mandado* es poder romper con todas las relativizaciones que la racionalidad nos permite. Es el rescate de un componente intuitivo e instintivo que, como dijimos, compone el sentido.

Cuando una generación consigue sentirse *comandada* cabe preguntarle: ¿de qué manera, honrando la percepción de *mandados* ancestrales, nos sentimos mandados?

La formulación de esa respuesta es lo más importante que una generación tiene para legarle a su futuro.

Renunciar a nuestros compromisos debido al discernimiento es romper con una relación fundamental entre el pasado y el futuro que nos permitió tanta riqueza cultural y vitalidad. Por otro lado, renunciar al discernimiento debido al compromiso es un suicidio cultural y civil de iguales proporciones. La Torá es ambos, compromiso y discernimiento. Si uno de estos elementos está ausente, podrá ser cualquier cosa, pero no Torá.

Nunca encontramos el compromiso y el discernimiento tan polarizados como en este pasaje hacia el siglo XXI. EL fundamentalismo y el laicismo son, innegablemente, las dos fuerzas más pujantes de nuestro tiempo. La ausencia de síntesis no nos lleva a ser dos pueblos, dos grupos, sino a convertirnos en ninguno.

Kashrut: práctica o control

Hace algún tiempo inauguramos una feria de productos sin pesticidas como forma de afirmar nuestra creencia en una observancia viva de las leyes dietéticas judías (*kashrut*). Es claro que *kashrut* continúa siendo la selección de leyes cuya función, además de ritual, indica también, en algún momento, una preocupación por la salud. Sabemos de eso pero no por el ejemplo que

comúnmente se utiliza para demostrar esta idea: la "carne de cerdo". Si bien ese tipo de carne transmitía enfermedades, no era considerada como una prohibición en el antiguo Israel. Sin duda es una de las carnes prohibidas por la *kashrut*, pero su fama se debe a que era una fuente importante de alimento en Europa. Fue ese aspecto de segregación entre los judíos y la población en general lo que le confirió su fama.

Entretanto, podemos enterarnos por algunos detalles de la preocupación por la salud en la *kashrut*, tal como el deseo de evitar la ingestión de sangre animal. La creencia de que la sangre contenía el alma y la personalidad del animal hacía temer que, por medio de su ingestión, un individuo adquiriese sus características. Existía una preocupación, por así decirlo, que no era solamente litúrgica sino que tenía como objetivo preservar la integridad del cuerpo-espíritu, o sea, de la salud.

Esa preocupación parece haberse perdido con el tiempo. Los rabinos buscaron actualizarla, pero su conocimiento "científico" difería muy poco del de los tiempos bíblicos y las adaptaciones fueron prácticamente mínimas. Con todo, la evolución en los últimos siglos fue impresionante. Y vale la pena preguntarse: ¿no deberíamos actualizar la *kashrut*?

Acredito que sí. Hay un importante movimiento en Estados Unidos, conocido como Eco-kashrut, que se propone ampliar las leyes dietéticas judías para prohibir, por ejemplo, la ingestión de sustancias cancerígenas, híbridos transgénicos y tóxicos agrícolas.

Pero no creo que esa actualización deba detenerse ahí. La *kashrut* se ha vuelto cada vez más un elemento deliberado de control y segregación. Comer diferenciado ha "permitido" al judío observante no mezclarse con otros pueblos. Esta puede haber sido una estrategia victoriosa en el pasado, cuando la nación judía se encontraba amenazada por las culturas vecinas. Pero hoy esa estrategia resulta arcaica para la ciudadanía y los principios universalistas de la cultura occidental. Para las comunidades de la diáspora es necesaria una tradición dietética que preserve nuestra identidad, pero sin convertirse en un mecanismo para la segregación. La identidad tendrá que preservarse sin echar mano a ese "recurso".

Segregar significa tener que privarse de comer en la casa de amigos judíos o no judíos. Significa no comer en restaurantes y vivir una vida apartada de la sociedad de la cual se forma parte. Creo que preservar la tradición y no consumir cualquier producto prohibido, manteniendo las leyes de no mezclar leche y carne, son fundamentales para esa identidad. Pero la propia identidad es insegura. Si la *kashrut* sirve para este fin, entonces ella arrastra algo de anacrónico. Un anacronismo que es culpa nuestra y de algunas generaciones del pasado.

Observamos algunos aspectos de ese descuido que son perceptibles a simple vista. Las carnicerías muchas veces están descuidadas y son insalubres. Los productos que intentan imitar

productos de leche o los que intentan imitar la carne son sumamente artificiales y nocivos para la salud, pero acreditan sellos de supervisión rabínica. Colorantes, sustancias con índices de colesterol absurdos y cancerígenos reciben aprobación rabínica para deleite de los antisemitas. Esto sin hablar de las cuestiones morales relativas a precios y ganancias. Finalmente, no existe otra perspectiva de discernimiento además del compromiso con la *mitzvá* y me pregunto si la observamos correctamente.

Estamos a la espera de restaurantes y tiendas de productos *kasher* que, además de seguir la bula de las recomendaciones rabínicas, velen por la salud y limpieza de sus productos. Desafortunadamente, los rabinos de hoy no tienen la misma preocupación que los de antes para que los alimentos *kasher* se procesen con el cuidado necesario para poder ofrecer productos adecuados al consumidor. Hay algo no muy *kasher* en el cuidado de la *kashrut* y en la explotación económica que deriva de ella.

Otra pregunta importante es si estamos haciendo uso de la *kashrut* como instrumento para ampliar el "control". Está el peligro de idolatrar la forma, perdiendo contacto con su contenido. ¿Dónde están los profetas del pasado que no denuncian ese riesgo? Para muchos, la *kashrut* se tomó un vicio de elección. Veo a veces en los aviones un cierto orgullo en la mirada de aquellos que se sirven comidas *kasher*. Son diferentes no sólo porque lo son, pero se alimentan de esta diferencia con un placer que no parece en sí mismo muy *kasher*. Ya oí hablar de personas que, en los Estados Unidos, practican un "Treif Day" (día de comida impura) en el que se proponen no respetar deliberadamente las leyes dietéticas, ello como una práctica para no sentirse tan orgullosos y virtuosas. No debemos transformar nuestros hábitos en formas hipócritas para sentirnos más puros que los demás.

Un de los mayores méritos del judaísmo es tener siempre un elemento subversivo implantado en el seno de todo lo que parezca absoluto y dogmático. Las leyes de prohibiciones de trabajo del Shabat, dicen los sabios, se sustentan por una hebra de cabello; la figura del Mesías posee un linaje familiar bastante irregular; y aun nuestra noción de "elección" está sustentada a partir de un origen común con los otros pueblos a través de Adán y Eva.

La *kashrut*, entretanto, trae en sí una santa subversión. Nuestras cocinas separadas para leche y carne, nuestros cubiertos separados y nuestras regias para el intervalo de comer productos de carne y leche, todo ello se basa en el mandamiento de "no cocinarás el cabrito (*be-jalav imo*) en la leche de su madre" (Éxodo 23:19 y 34:26). Con todo, esta vocalización de j-I-v significando *jalav* (leche) ya fue puesta en duda por importantes estudiosos. Es que la Torá no es vocalizada y tendría más sentido leer *be-chelev imo*, o sea, en la grasa de su madre. No queda claro si las personas usaban la leche para cocinar en la misma forma en que usaban la grasa animal.

Que los compromisos se sustenten por hebras de cabello no es un problema; tal vez sea esta la fuente de belleza de ese increíble teléfono inalámbrico que es el lenguaje. Pero el discernimiento inherente al compromiso no puede existir sostenido por hebras de cabello.

Preservar el lenguaje junto con las ideas es un arte difícil en nuestros tiempos. Hoy los lenguajes crean sus propias ideas y las ideas sus propios lenguajes. Tal vez no sea por azar que el verbo que mejor expresa el cumplimiento de las *mitzvot* sea "observar". Hay algo de contemplativo en la misión de unir compromiso y discernimiento.